

UNA AVENTURA ESPAÑOLA

LA GENERACION POETICA DEL 27

HACE ya más de medio siglo, un grupo de jóvenes poetas españoles, que tenían entre veinte y treinta años, se asomaban a las páginas poéticas de las revistas y comenzaban a publicar. Sus nombres —Jorge Guillén, Pedro Salinas, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Luis

Cernuda, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre— eran casi totalmente desconocidos del público, salvo quizá el de García Lorca, que en 1920 había ya estrenado, con ruidoso fracaso, su primera pieza teatral, *El maleficio de la mariposa*. El año 1927, que da nombre a la generación, es importante por dos motivos: en esa fecha, ese grupo de jóvenes poetas hace su primera salida pública en el Ateneo de Sevilla, gracias a la generosidad de un gran torero —torero y escritor—, Ignacio Sánchez Mejías, amigo de todos ellos. Y ese mismo año, los mismos jóvenes, formando un grupo muy trabado, se enfrentan públicamente con la crítica oficial y académica al dar la batalla por Góngora —por el prodigioso Góngora barroco— con motivo del tercer centenario de la muerte del gran poeta. La crónica de esos dos sucesos ha sido hecha magistralmente por Dá-

JOSE LUIS CANO

maso Alonso, a cuyos libros remito al lector que desee conocer los sabrosos detalles (1). Treinta años después, en 1958, aquellos jóvenes, ya famosos, y algunos de ellos académicos —lejos ya el furor contra la Academia—, se convertían, el tiempo trae esas sorpresas, en maduros sesentones, y Camilo José Cela podía consagrar a tres de ellos —Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre y Federico García Lorca— un número homenaje en su revista *Papeles de Son Armadans*, abriéndolo con una *Loa de los jóvenes sesen-*

tones y llanto por el poeta muerto en flor. Hoy, pasado el medio siglo de los comienzos de la generación, y tras la catástrofe de la guerra civil y su secuela, el exilio de tantos años, los supervivientes del grupo —Guillén, Dámaso, Gerardo, Aleixandre, Alberti— están llegando, si es que no han llegado ya, al inevitable «status» de monstruos sagrados de nuestras letras, que dejaron vacante, al morir, los últimos grandes del 98, pero que ellos salvan con su juventud espiritual y su creación renovadora e incansable. Sobre su obra se escriben hoy, en las principales lenguas, cientos de tesis universitarias, la bibliografía en torno a ella crece cada año —reunida en volumen formaría un libro de 500 páginas—, y es de esperar que la generación no se extinga sin que alguno de sus miembros reciba la consagración internacional del Premio Nobel.

(1) Léase, sobre todo, el capítulo «Góngora y la literatura contemporánea», del libro *Estudios y ensayos gongorinos*, y el capítulo «Una generación poética (1920-1936)», del libro *Poetas españoles contemporáneos*, ambos editados por Gredos.

En 1927 hizo su primera salida pública en el Ateneo de Sevilla, gracias a la generosidad del poeta y torero Ignacio Sánchez Mejías, el grupo del 27. En la foto, de izquierda a derecha, Rafael Alberti, Federico García Lorca, Chabás, Baccarisse, J. M. Platero, Blasco Garzón, Jorge Guillén, Bergamín, Dámaso Alonso y Gerardo Diego, en el Ateneo sevillano.

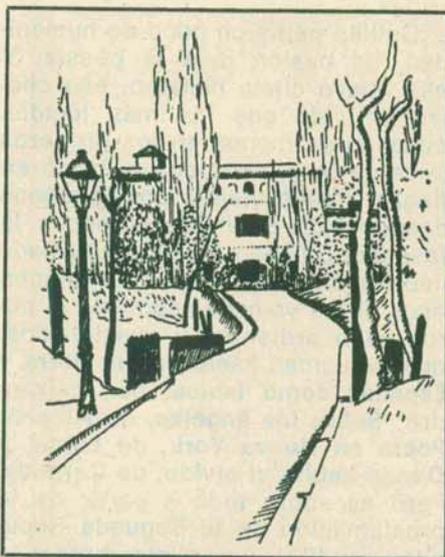




Aquellos jóvenes han pasado ya a la lista de monstruos sagrados de nuestras letras. En la foto, en primer término, Pedro Salinas, Ignacio Sánchez Mejías y Jorge Guillén. Detrás, Antonio Marichalar, José Bergamín, Corpus Barga, Vicente Aleixandre, García Lorca y Dámaso Alonso.

¿Qué sabemos hoy de la aventura poética y humana de esa generación? Sobre la primera abundan los textos, tanto como escasean los que tratan de la vida de esos poetas. Quizá es pronto aún para escribir sus biografías —aunque Lorca, Aleixandre y Gerardo Diego tienen ya las suyas—. De Rafael Alberti tenemos un precioso texto autobiográfico: sus Memorias, tituladas **La arboleda perdida**, de las que hace tiempo esperamos su continuación (lo publicado sólo alcanza hasta abril de 1931, vísperas de la República).

He escrito en alguna parte que la amistad era el signo cálido de aquella generación. Y esa amistad era tan auténtica que ni siquiera pudo romperla la tragedia de la guerra civil del 36, que tantas cosas logró destruir. Ni siquiera la muerte, pues Federico continuó vivo en el corazón de todos sus amigos. Y el exilio al que marcharon la mayoría de los miembros de la generación —Salinas, Guillén, Alberti, Cernuda, Prados y Altolaguirre—, como consecuencia de la derrota de la República, sólo pudo dividir al grupo geográficamente, no espiritualmente. Los que quedaron en España al final de la guerra —Aleixandre, Diego, Dámaso Alonso— siguieron formando un todo generacional, una **polis**



La Residencia de Estudiantes según Moreno Villa. La dirigió Jiménez Frau.

literaria, con los que se marcharon. El contacto entre unos y otros no se rompió nunca, y ello permitió a la generación mantener viva su unidad y su continuidad espiritual a pesar del drama de la guerra y de su trágica herencia. Pero si la guerra no dividió espiritualmente a sus miembros, sí marcó para siempre a cada uno de ellos y a su obra. ¿Sería la misma esa obra sin la tragedia del 36? La contestación tiene

que ser negativa. Y ello porque la evolución de una generación literaria no puede producirse sin que en ella influya el entorno social y político del país en que vive. Los acontecimientos históricos de aquellos años —guerra civil del 36, agresión nazi, segunda guerra mundial, lanzamiento de la primera bomba atómica— no podían dejar de influir en los poetas del 27, en su vida y en su poesía, como trataré de exponer en este ensayo. Pero como toda evolución empieza por un principio, volvamos ahora a los comienzos de la generación y a su inicial talante minoritario, estetizante y purista. Nadie ignora que la fase primera de la generación, que podemos fijar entre 1920 y 1928, es la época del predominio en ella de la poesía pura, defendida en Francia por Paul Valéry y en España por Juan Ramón Jiménez. Pero, ¿en qué consistía la poesía pura? Según Paul Valéry —lo recuerda Jorge Guillén en la antología de la generación que hizo Gerardo Diego—, «poesía pura es todo lo que permanece en el poema después de haber eliminado todo lo que no es poesía. Pura es igual a **simple**, químicamente hablando». Es decir, **purismo** significaba para Juan Ramón y para los poetas del 27 desdén por lo falso,

lo retórico, lo vulgar y lo sentimental, por la poesía con tema, con anécdota humana. Lo importante para los poetas puristas era la belleza, el goce estético, no la emoción que pudiera comunicar un sentimiento humano o una experiencia de vida. Comentando, en 1927, las **Soledades gongorinas**, llegó a escribir Dámaso Alonso elogiando la falta de argumento del famoso poema de don Luis: «A menor interés novelesco, mayor ámbito para los puros goces de la belleza. Contra el interés novelesco, el estético. En lugar del interés novelesco, la densa poliformía de los temas de belleza». ¿Qué quería decir con esas palabras Dámaso Alonso? Que lo único importante en el poema es su pureza, su belleza, el logro de una diana estética, y no su contenido humano, emotivo, su capacidad de transmitir los sentimientos del poeta y su experiencia vital. Claro que esa actitud estetizante, sin duda legítima como reacción contra la vulgaridad, el sentimentalismo y la ramplonería de la poesía española posromántica —los becquerianistas y rubenianos tardíos que tanto despreciaba Machado—, era también un medio de evasión de la realidad, de la mezquindad y vulgaridad de la vida española de entonces. Y esa evasión tenía un signo romántico en el caso de un poeta como Luis Cernuda, ávido siempre de belleza, quien en la **Antología generacional** de Gerardo Diego hacía esta sorprendente declaración: «Detesto la realidad, como detesto todo lo que a ella pertenece: mis amigos, mi familia, mi país». Palabras que concuerdan con la actitud de rebeldía contra la sociedad que iba pronto a adoptar Cernuda, quizá estimulado por la lectura de los surrealistas franceses. De los poetas del 27, fue quizá Cernuda el más influido por la rebelión surrealista, no tanto por sus técnicas literarias —que influyeron más en otros poetas de la generación, como Aleixandre y Lorca— como por su espíritu rebelde, de desprecio por una sociedad falsa y grotesca.

Pero el radical distanciamiento entre poesía y vida, que Ortega definió en un famoso ensayo como «la deshumanización del arte», no iba a mantenerse mucho tiempo. El antirromanticismo inicial de la generación —«el mundo está bien hecho», había escrito Jorge Guillén— no tardaría en dejar paso al neorromanticismo de algunos de sus miembros —Aleixandre, Alberti, Cernuda—. Ya Antonio Machado había echado de menos en los poetas

de la generación la savia cordial, «la línea melódica trazada sobre el sentir individual», reprochándoles su exceso de intelectualismo y de conceptismo. «Su frigididad nos desconcierta y, en parte, nos repele», escribía Machado en su discurso de ingreso en la Academia, que la guerra le impidió terminar. Pero esa frigididad, reconocía Machado, no era falta de espiritualidad. Muy pronto empezó a cambiar el clima poético de la generación, y a remitir su fervor esteticista y purista. Dámaso Alonso ha confesado que aquel clima aséptico de la primera década de la generación le heló de tal modo que paralizó su pluma, y tuvo necesidad del desgarrón de la guerra civil para volver a escribir poesía. Y el mismo Jorge Guillén, quizá el máximo representante de la poesía pura en España, no tardó en

LA GENERACION POETICA DEL 27

señalar los peligros de aquel frío clima esteticista, reconociendo que la poesía demasiado pura era también «demasiado inhumana, demasiado irrespirable y demasiado aburrida».

Guillén pedía un poco de humanidad, de pasión para la poesía. Y ese nuevo clima humano, ese chorro de vida que los más lúcidos echaban de menos en los primeros años de la generación, no tardó en llegar, siendo visible por lo menos desde 1928. Se inicia entonces la fase que Dámaso Alonso ha llamado neorromántica, a la que pertenecen esos libros ya nada asépticos ni puros, sino ardientes y apasionados, que se llaman **Pasión de la tierra y Espadas como labios**, de Aleixandre; **Sobre los ángeles**, de Alberti; **Poeta en Nueva York**, de Lorca, y **Donde habite el olvido**, de Cernuda. Pero es sobre todo a partir de la proclamación de la Segunda República, en 1931, y paralelamente a la rápida politización de las masas, cuando la tendencia purista comienza a perder puntos. La crisis del esteticismo se palpaba en el ambiente. «La llamada poesía pura —escribía J. de Izaola en **El Sol** (2)— está perdiendo actualidad y vida a galope, como todo lo sublimístico, evaporado y enrarecido». Y recordaba que los grandes poetas, como Dante, Virgilio y Píndaro, no habían

desdeñado, antes al contrario, las fuentes cotidianas de la vida, como son las actitudes políticas, la pasión de partido o la vulgarización de las ideas patrióticas, filosóficas o agrarias. Ciertamente que los seguidores de Juan Ramón y de la poesía pura no se rendían fácilmente. Juan José Domenchina, juanramoniano fervoroso, atacaba desde las páginas de **El Sol** a los tránsfugas del purismo, a los partidarios de una poesía impura y social: «Una poesía para todos —escribía— sería como una ramera enajenada». Pero esa ramera no quería detenerse, y la poesía revolucionaria había conquistado a dos poetas de la generación, Rafael Alberti y Emilio Prados, que ya en 1930, y aun antes, escribían una poesía de lucha. En 1929 escribe Alberti su **Elegía cívica**, «primer intento de poesía social y política». En junio de 1931, proclamada ya la República, estrena en el teatro Español su **Fermín Galán**, que provocó el escándalo de las derechas. Y en 1933 funda la revista **Octubre**, de clara tendencia comunista, y publica sus dos primeros libros de poesía revolucionaria: **Consignas** y **Un fantasma recorre Europa**, título tomado de una frase de Marx: «Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo». Esta nueva poesía política de Alberti disgustó a algunos de sus compañeros de generación, mientras que otros admitían la sinceridad de su nuevo rumbo poético. Preguntado por un periodista sobre la poesía revolucionaria de Alberti, García Lorca contestó con estas palabras: «Yo sé que es sincera su poesía actual. Aparte de la admiración que siempre sentí por el poeta, ahora me inspira un gran respeto». En vísperas de la revolución de octubre en Asturias, septiembre de 1934, Alberti pone al frente de la primera edición de su libro **Poesía, 1924-1930**, editado por las Ediciones del Arbol, que dirigía José Bergamín, esta declaración: «La revista **Cruz y Raya**, al iniciar en las Ediciones del Arbol una serie de obras completas o escogidas de los poetas de mi generación, ha querido contar conmigo. Publico la mayor parte de mi obra poética comprendida entre mil novecientos veinticuatro y mil novecientos treinta, por considerarla un ciclo cerrado (contribución mía, irremediable, a la poesía burguesa). Aparece incluido en este volumen el libro inédito **Sermones y moradas** (1929-1930), con la **Elegía cívica**, crisis anarquista y tránsito de mi pensamiento poético. A partir de mil novecientos treinta y uno, mi obra y mi vida

(2) Citado por Juan Cano Ballesta en su interesante libro **La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936)**. Editorial Gredos, 1972.



La amistad fue el signo cálido de aquella generación. Amistad tan auténtica que ni siquiera la guerra pudo romper. En la foto, de izquierda a derecha, Dámaso Alonso, Luis Cernuda, Federico García Lorca y Vicente Aleixandre.

están al servicio de la revolución española y del proletariado internacional». Aunque efímera, la adhesión al comunismo de otro poeta de la generación, Luis Cernuda, dejó su huella en un curioso texto que le publicó la revista **Octubre** (número 4-5, octubre de 1933). Merece la pena que lo transcribamos: «Llega la vida a un momento en que los juguetes individualistas se quiebran entre las manos. La vista busca en torno, no tanto para explicarse la desdicha como para seguir con nueva fuerza el destino. Mas lo que ven los ojos son canalladas amparadas por los códigos, crímenes santificados por la religión y, en todo lugar, indignantes desigualdades en las que siempre resulta favorecido el estúpido. Se queda, pues, en peor situación de espíritu. Este mundo absurdo que contemplamos es un cadáver cuyos miembros remueven a escondidas los que aún confían en nutrirse con aquella descomposición. Es necesario, es nuestro máximo deber enterrar tal carroña. Es necesario acabar, destruir la sociedad caduca en que la vida actual se debate aprisionada. Esta sociedad chupa, agosta, destruye las energías jóvenes que ahora surgen a la luz. Debe dársele muerte; debe destruírsela antes de que ella destruya tales energías y, con ellas, la vida misma. Confío para esto en una revolución que el comunismo inspire. La vida se salvará así». Es también en la revista **Octubre** (número 6, abril de 1934), donde publica Antonio Machado su ensayo, dedicado a Rafael Alberti, **Sobre una**

lírica comunista que pudiera venir de Rusia.

La revolución de los trabajadores asturianos en octubre de 1934 politizó aún más la situación intelectual española. Las posiciones puristas, que aún defendían algunos poetas fieles a Juan Ramón, quedaron barridas. A ello contribuyó, además, la llegada a España de Pablo Neruda, que publica en Madrid la segunda edición de su gran libro **Residencia en la tierra**, y lanza, en octubre de 1935, el primer número de su revista, **Caballo verde para la poesía**, en estrecha colaboración con los poetas de la generación del 27, que pronto se hicieron —sobre todo Lorca, Alberti, Aleixandre y Altolaguirre— grandes amigos suyos, como grande fue también su amistad con Miguel Hernández. Cabría afirmar que si el órgano más importante de la generación, en su primera fase, fue la malagueña **Litoral**, que se publicó bajo la dirección de Prados y Altolaguirre de 1926 a 1929, el de la segunda fase rehumanizadora fue, sin duda, **Caballo verde**, cuyo primer número se abrió con un manifiesto contra la poesía pura bajo el título **Sobre una poesía sin pureza**, redactado por Neruda mismo. Las torres de marfil de los poetas puros, si es que alguna quedaba ya en 1935, quedaron hechas añicos ante la arremetida de **Caballo verde**, que provocó, como era de esperar, la indignación de Juan Ramón Jiménez —quien consideró aquellos ataques a la poesía pura como ataques personales a él mismo— y su ruptura con los poetas del 27, a los

que juzgó cómplices de la postura antipurista del poeta chileno. Ese distanciamiento se agravó aún más cuando la generación en pleno, acompañada de lo mejor de los poetas más jóvenes —Miguel Hernández a la cabeza—, publicó un texto de homenaje a Neruda, que exaltaba al gran poeta chileno como «una de las más auténticas realidades de la poesía de lengua española».

Es evidente que ya en 1935 quedaba muy poco del clima estetizante y purista de los primeros años de la generación, sustituido por un clima de hervor y fiebre poética, por una temperatura de pasión y de vida que había ido creciendo paralelamente al aumento de la temperatura política que iba a culminar en julio de 1936 con el estallido de la guerra civil. Un mes antes de que ésta se produjera, en junio de 1936, García Lorca contestaba a una pregunta de un periodista sobre la teoría del arte por el arte: «Ese concepto del arte por el arte es una cosa que sería cruel si no fuera afortunadamente cursi. Ningún hombre verdadero cree ya en esa zandaja del arte puro, del arte por el arte mismo. En este momento dramático del mundo, el artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura para ayudar a los que buscan las azucenas». Por entonces escribía Lorca un drama social «con intervención del público en la sala y de la calle donde estalla una revolución y asaltan el teatro» (3), del cual me había leído unas escenas con ocasión de la última visita que le hice en abril o mayo del 36. El 1 de mayo, Federico envió un mensaje a los trabajadores españoles que decía así: «Saludo muy afectuosamente a todos los trabajadores de España, unidos en este primero de mayo por el vivo deseo de una sociedad más justa» (4). Tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero, la posición de Lorca parecía más favorable a una República que realizase la justicia social y diera la cultura a todos. Su teatro tomaba un rumbo más acorde con los problemas sociales y humanos del pueblo, y había anunciado un drama contra la guerra.

La generación del 27 era una generación republicana, y no puede extrañarnos que la casi totalidad de sus miembros, al iniciarse el movi-

(3) Véase Antonio Otero Seco: **Sobre la última entrevista de García Lorca**, en la revista **La Torre**, de Puerto Rico, número 48, octubre-diciembre de 1964.

(4) En **¡Ayuda!**, semanario del Socorro Rojo Internacional, mayo 1936.

miento militar, tomase partido al lado de la República. La mayoría de ellos —Alberti, Aleixandre, Cernuda, Prados, Altolaguirre— colaboraron en las revistas literarias patrocinadas por la República, durante la guerra, como **Hora de España** y **El mono azul**. Lo épico sustituyó a lo lírico, y los poetas escribieron romances. En noviembre de 1936 aparece en Madrid, editado por el Ministerio de Instrucción Pública, el primer **Romancero de la guerra civil**, que incluye romances de guerra de Alberti, Aleixandre, Bergamín, Prados, Altolaguirre, Garfias y Miguel Hernández. Y al año siguiente se publica, con un prólogo de Antonio Rodríguez Moñino, el gran **Romancero general de la guerra de España**, dedicado a Federico García Lorca, y como homenaje a su muerte.

Las consecuencias del final de la guerra civil para la generación del 27 son bien conocidas, y un estudio sobre las mismas tendría que abordar paralelamente sus dos principales facetas: la humana y la literaria. Como ya indiqué al comienzo de este ensayo, seis miembros de la generación —Alberti, Cernuda, Guillén, Salinas, Prados y Altolaguirre— se decidieron por el exilio, y en él siguieron realizando su obra, marcada desde entonces por el dolor y la nostalgia de la Patria, cuando no por la desesperación. A partir de la guerra civil, la poesía

LA GENERACION POETICA DEL 27

de la generación del 27 va a experimentar profundos cambios, que han sido señalados por la crítica. No tengo espacio ya para comentarlos aquí, y sólo llamaré la atención sobre un hecho evidente: a partir de 1936, la poesía del 27 se hace más grave y dolorida, con el drama de la guerra y del exilio, y la Patria y la libertad perdidas, y tiende cada vez más a reflejar los problemas humanos del tiempo histórico que a cada poeta le ha tocado vivir. Deja de ser estetizante y ahistórica para volver a las hondas fuentes de la vida y de la Historia. Los poetas del 27 escriben, pues, una poesía temporalista, de acuerdo con la definición de Machado: «La poesía es la palabra en el tiempo». Jorge Guillén titulará **Tiempo de historia** el segundo ciclo de su poesía, **Clamor**, que completa el de **Cántico**. Y a uno de los libros de **Clamor** dará este título machadiano: **A la altura de las circunstancias**, cuyo protagonista es el hombre contemporáneo —y a veces el español contemporáneo— que ha sufrido la guerra, la persecución, la cárcel, la discriminación, la tortura, el exilio.

Esa evolución hacia una poesía temporalista afectará también a los poetas del 27 que permanecieron en

España. Dámaso Alonso publica en 1944 ese angustiado diario íntimo, esa protesta contra la injusticia y la crueldad de la guerra que se llama **Hijos de la ira**, tan lejos ya de aquellos primeros **Poemas puros** publicados veinte años antes. Y confiesa así su evolución: «Nada aborrezco más que el estéril esteticismo en que se ha debatido hace más de medio siglo el arte contemporáneo. Hoy es sólo el corazón del hombre lo que me interesa: expresar con mi dolor o con mi esperanza el anhelo y la angustia del eterno corazón del hombre». Y en su libro siguiente, **Hombre y Dios** (1955), cantará a la libertad en cuatro admirables sonetos.

El caso de Vicente Aleixandre es también significativo. Como consecuencia de su postura durante la guerra civil, favorable a la República, sus libros son prohibidos al terminar la guerra y su nombre vetado por la censura. Sólo a partir de la publicación de **Sombra del paraíso**, en 1944, se permite difundir sus obras y su nombre vuelve a tener circulación literaria. Su influencia sobre la juventud poética que surgió en los primeros años de posguerra creció rápidamente, y en 1947, su definición de la poesía como comunicación encontraba un amplio eco en los jóvenes. A partir de entonces, su poesía se inserta en una corriente temporalista e histórica que abarca el gran tema del vivir humano desde la conciencia de la temporalidad y de la solidaridad, que hallamos en dos de sus mejores libros: **Historia del corazón** (1954) y **En un vasto dominio** (1962). En ambos canta Aleixandre la realidad, que puede tomar la forma de la amante, pero también la de un campesino o un pastor de cabras, o la de una manifestación de protesta o de júbilo desfilando por una plaza. El pueblo y la historia entran finalmente en la poesía de la generación del 27, cerrando así el ciclo —y abriendo uno nuevo— que va desde la poesía pura, intimista o surrealista, a la poesía de situación temporal e histórica. Ellos, los poetas del 27, pueden decir lo que decía Goethe cuando alguien le reprochaba que escribiese poesía de circunstancias. «Mis poemas son todos poemas de circunstancias, porque todos se inspiran en la realidad». Es la realidad de su vivir y de su pueblo la que les ha inspirado ese tesoro de nuestra lírica, que hoy llamamos «la poesía del 27», y que, para gloria de la literatura española, sigue enriqueciéndose con nuevas y sorprendentes obras. ■

J. L. C.

Compañeros de la Residencia: Dalí, Moreno Villa, Buñuel, García Lorca y Rublo Sacristán (de izquierda a derecha).

